



PLATICA PROEMIAL  
Y PRINCIPIO Á LAS EXPLICACIONES DE LA  
DOCTRINA CRISTIANA.  
EN LA CASA PROFESA DE MÉXICO.

Juèves 7 de Abril de 1690.

**E**MPEZABA Moisés como yo ahora, la explicacion de la Doctrina: él con muy superior espíritu; pero yo con muy ventajosa materia, porque si él les explicaba á los Hebréos su Doctrina Judaica, que ya pereció caduca, que ya acabó del todo muerta, yo les explico á los católicos la Doctrina Cristiana, la Ley toda de vida, toda de santidad, toda de gracia. *Cæpitque Moyses explanare legem, & dicere.* Empezó Moisés á explicar la Ley, dice el capítulo primero del Deuteronomio, que eso



quiere decir esta voz tan señora *Deuteronomio*, que es lo mismo que segunda Ley; no porque aquellos tuviesen dos Leyes, sino porque la Ley que antes les habia intimado no con tanta claridad, en este Libro se la explica, segun dicen San Agustin y Teodoreto: *Explicacio Legis*. Y por alentarlos Moysés á que oyesen con cuidado, con atencion y con provecho la explicacion de aquella su Doctrina: *mirad* (les dice) que *esta* es toda vuestra sabiduría, y con ésta habeis de sobresalir eminentes entre todos los pueblos del mundo: *Hæc est vestra sapientia, & intellectus coram populis*. (Deut. c. 4.) Atendedme, que si aprendeis con mi explicacion los Divinos Preceptos, los Sagrados Ritos y Ceremonias en el culto del verdadero Dios, todos esos pueblos idólatras, ignorantes, perdidos y ciegos, viendo vuestro saber, dirán llenos de admiracion: ¿Qué gente es ésta en que todos son sábios, todos son entendidos, todos son doctos? Gente grande por cierto; gente de importancia la que sabe y entiende cosas tan altas: *Ut audientes universa præcepta hæc, dicant: en populus sapiens, & intelligens gens magna.*

¿Pues con cuánta más razon, Cristianos oyentes míos, hoy puedo yo decir ésto mismo? Cuánto vá de haber Dios en aquella antigua Ley mostrada á los Judíos entre innumerables sombras, pepueñas luces de su saber, á haber derramado Cristo sobre nosotros todos los infinitos tesoros de su sabiduría, que son los que se contienen en la Doctrina Cristiana. Toda la Sabiduría de Dios, que desde la eternidad habia estado escondida en su seno, toda nos la hizo patente, clara y manifiesta en Jesucristo, de cuyos Divinos lábios recibimos tan celestial Doctrina. Por eso todos los Misterios más subli-

mes, más soberanos de la Divinidad, en la Doctrina Cristiana se contienen. Todas las verdades de las Escrituras, todas sus Profecías, revelaciones y figuras, todas en la Doctrina Cristiana se cifran. Todas las materias Sagradas de la Theología, sus cuestiones, sus argumentos, sus disputas, todas á la Doctrina Cristiana se reducen y todos los medios para mejorar nuestras vidas, ó para adquirir la eterna. Todos los Sacramentos para conseguir ó para restaurar la gracia perdida: todos los caminos para adelantar en las virtudes y para llegar hasta lo sumo de la perfeccion, en la Doctrina Cristiana se hallan. Y en fin, todo cuanto pueda alcanzar la humana sabiduría, y aun la Angélica, en la Doctrina Cristiana se compendia. Por cuyas verdades han derramado su sangre y sacrificado sus vidas un número indefinido de Mártires. Por cuyos Misterios, para explicarlos y defenderlos, se han fatigado gloriosamente tantos sábios insignes y tantos Santos Doctores. Y por cuyos verdaderos, firmes y seguros dogmas, han empleado todo su saber en diez y ocho Concilios Generales los más sábios hombres, los más Santos y los mayores que ha tenido el mundo.

¡Oh Catolicos! Pues mejor puedo yo deciros: *Hæc est vestra sapientia, & intellectus coram populis*. Esta es vuestra sabiduría, solo con saber la Doctrina Cristiana. ¡Cuánta lástima será no lograrla! y más cuando toda esta tan suma sabiduría y tan necesaria, con tanta facilidad puede adquirirse. —¿Es posible, Padre, que saber tanto es muy fácil? Sí.—¿Qué tan fácil?—Yo lo diré: solo con gastar media hora cada semana en acudir y atender bien á la explicacion de la Doctrina Cristiana. ¿Puede ser cosa más fácil? Pues atiéndela con cuidado,



con continuacion, que un estudiante si vá un día al estudio y deja de ir ciento, poco puede aprender, ó nada. Atiendan, pues, con continuacion y yo les aseguro que á poco tiempo el oficial, sin abrir un libro y quizá sin saberlo leer, saldrá consumado Teólogo, aunque en romance. El mercader, sin cursar Escuelas podrá ser Catedrático desde su mostrador. La pobre vieja, sin entender más que su costura, podrá saber mucho más que cuando supieron Aristóteles y Platon. El niño, el criado y el rudo, sin entender latin podrá alcanzar á entender la sustancia de todo cuanto saben los más preciados de doctos en las Escuelas. Y lo que es más que todo, aquí con las luces de la Doctrina de Cristo, no solo alumbrados los entendimientos sino encendidos tambien los corazones, verán todos claro, llano, y patente el camino para ser santos. Y por ésto ajustándome á la obligacion de este tan santo ministerio, procuraré en todo que mi explicacion sea clara, casera, breve, ejecutiva y fácil.

Todos, pues, necesitan de esta explicacion: con cuánta obligacion, dirélo en su lugar. A todos es igualmente provechosa, á grandes y pequeños, á nobles y plebeyos, á hombres y mugeres, á amos y criados. A los unos para que aprendan lo que no saben; á los otros para que observen lo que no advierten; y á todos, ó para que adquiriendo noticias, ó para que recordando memorias, ajusten la vida á la Ley de Cristianos. Dos cosas dice David que hace la explicacion de la Doctrina: dice que alumbra y dá entendimiento á los pequeñuelos: *Declaratio sermonum tuorum illuminat, & intellectum dat parvulis*. Alumbra y dá entendimiento, son dos cosas muy distintas: y es, que á los que ya tienen entendimiento, á las personas capaces y entendi-

das, á éstas la explicacion de la Doctrina las alumbra; pero á los pequeñuelos, á los ignorantes, á los rudos, á esos les dá entendimiento para que entiendan. A todos sirve, á todos aprovecha esta explicacion: á los entendidos alumbra, *illuminat*: á los rudos, á los ignorantes, les dá entendimiento, *intellectum dat parvulis*. Pues nadie se me escuse, señores y señoras, por entendidas y discretas que sean, con que ésto es para los rudos, para los ignorantes, y que no todos lo necesitan. Miren, señores: para ver lo que está aquí muy de cerca, aun quien no tiene buena vista, con unos anteojos sencillos lo vé claramente; pero para ver lo que está allá muy lejos, no bastan esos anteojos de un solo vidrio, ya son menester de dos vidrios: ese es el que llaman antejo de larga vista: un vidrio allá al cabo del cañon, otro vidrio acá junto á los ojos, y además de ese, que haya bastante luz, que sea de día, y así se alcanza á ver lo que está lejos. Para estas cosas naturales, el cuidado de la casa, la comodidad, la hacienda, yo les concederé que sean muy entendidos. Ese es solo un vidrio de la razon natural; pero para las cosas eternas, para los Misterios de Dios, para las verdades de nuestra Fé, que están allá tan altas, tan levantadas y tan sublimes, no basta solo ese vidrio de la razon natural, no alcanza. Es menester el otro vidrio de la Fé infusa, y éste que recoja toda la luz de la explicacion. Este es el antejo de larga vista que es menester para alcanzar las verdades de la Doctrina Cristiana. Pues nadie se escuse de su explicacion.

Pruebo esto mejor desendiendo, aunque en general, á las partes principales en que se contiene toda la Doctrina Cristiana. Estas, dice el Catecis-



mo, son cuatro: *Credo, Mandamientos, oraciones y Sacramentos*. Pues miren ya en general cómo cada una necesita de explicacion: *¿Cómo sabremos bien creer?* Responde el catecismo: *Entendiendo bien el Credo y los Artículos de la Fé*. Entendiendo bien, repárenlo: se ha de entender bien, no á carga cerrada y de monton. *¿Saben la diferencia que vá de uno que sabe el Credo así en confuso, á uno que ha oído y entiende la explicacion de sus Misterios?* Pues ya lo digo con un ejemplo: Veréis un tapiz de Flandes, ó un paño de Corte, doblado, recogido y envuelto: ¡qué buenos colores! Sí, eso es lo que solo se vé, y allí que sale de un doblez una cabeza armada de un morrion, allá un brazo empuñando una cuchilla, acá una rama, allí una almena: *¿qué Historia está aquí pintada?*—Son las guerras de Flandes.—Bien; pero como está envuelto, ni se entiende, ni se goza. Pues aguardad y lo veréis luego que la desdoblen y la extiendan. Extendiéndolo bien todo: ¡qué hermosura! Ahora sí que se ve cada cosa en su lugar. Miren con qué propiedad aquella escuadra de Soldados que embiste, aquella otra que se retira: miren con qué viveza aquel otro que allí se viene precipitando del muro, ¡qué á lo natural todo! No tiene precio tanta hermosura. *¿Esto estaba aquí envuelto?* Pues véan lo que acá pasa: Oye uno en confuso el Misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, y no sabe más: grande Misterio; pero ni hace concepto de cuántas y cuán indecibles maravillas encierra ese Misterio. Hé, lo ve envuelto; vánselo lugo desenvolviendo con la explicacion, llega á ver extendido ese admirable País de la Sabiduría de Dios, ve con claridad cuántas finezas hizo allí por nosotros, y entónces arrebatado de amor, lo busca, lo

ama y lo venera. *¿Por qué?* porque lo ve ya con claridad y con distincion. Pues eso vá de ver los Misterios de nuestra Santa Fé con la claridad con que los pone delante la explicacion, á verlos y saberlos solo en confuso: que vistos con claridad se estiman como deben, mientras que sabidos en confuso, ni se gozan, ni se reparan, y por eso ni aun se agradecen. Esto es en cuanto á la Fé.

*¿Cómo sabremos obrar?* Responde el Catecismo: *Entendiendo bien los mandamientos que hemos de guardar, y los Sacramentos que hemos de recibir.* *¿Entendiéndolos bien?* Sí, que aun de toda esa máquina de Leyes humanas y civiles, dijo el Jurisconsulto que es no saber las Leyes tener solo de memoria sus palabras; sino penetrar y entender toda la fuerza y poder de su significacion. *Scire Leges, no est earum verba tenere, sed vim ac potestatem.* (*Leg. Scil. ff. de Leg.*) *¿Cuántas especies de culpas, cuánta variedad de pecados se prohiben en las breves palabras de cada Mandamiento?* *¿Pues cómo las conocerá, ó para evitarlas ó para saberlas confesar, el que no sabe ni entiende más que la corteza de las palabras?* Eso será saber el camino, pero andarlo á oscuras. Es bien claro este ejemplo: El que vá de noche en tiempo de aguas por esas calles á su casa, bien sabe el camino, claro está; pues pregunto: *¿para qué llevan los más con tanto cuidado una linterna?*—O señor, que hay malos pasos, hay lodo y con una linterna vemos por dónde hemos de ir, y con eso escusamos de caer.—*¿Así?* Luego no basta saber los caminos de los Mandamientos. Es menester la linterna de su explicacion que nos avise dónde está la caída para huirla, dónde el tropiezo para evitarlo: *Lucerna pedibus meis verbum tuum* (decía David) & *lumen*



*semitis meis.* Si no sabemos dónde está el peligro, ¿cómo evitaremos la caída? Y al contrario: si después de caídos no sabemos el modo y el camino por donde hemos de levantarnos, ¿cómo conseguiremos en los Sacramentos la gracia? Saber por mayor los Sacramentos, y no saber el modo y las circunstancias con que los hemos de recibir, ¿qué es? Es lo mismo que estar viendo el agua un sediento, y no saber cómo sacarla. Así le sucedió á la Samaritana: ofrecíale agua el Señor, y ella responde: Este pozo está muy hondo, y tú no tienes con qué sacarla, ¿cómo me has de dár agua? ¡Qué ignorancia! pues ésta es la que tienen muchos Cristianos. Bien conocen y confiesan que hay agua de gracia en los Sacramentos: v. gr. en el de la Confesion; pero como no saben el modo con que se ha de examinar su conciencia, ¿cómo han de decir sus pecados? ¡qué hondo pozo les parece el que es tan fácil en oyendo su explicacion!

¿Cómo sabremos esperar y pedir? Responde: *Entendiendo bien el Padre nuestro.* Aun acá, si alguno que en su vida no ha entrado en Palacio, quiere pedir alguna cosa al señor Virey, busca un hombre entendido, le pregunta el estilo, el modo, las palabras para formar su memorial, porque no se rian de él. Pedir, todos saben pedir; pero pedir bien y con buen modo, no es tan fácil, no lo saben todos; y así, es menester aprenderlo. Pero si con la Oracion del Padre nuestro le representamos á Dios nuestras necesidades, ¿por qué no procuraremos entender bien y saber qué es lo que allí le pedimos, para que así consigamos nuestros ruegos? Dice Celio Rodigino, que en Roma hubo un Papagayo que decia de coro y muy claro, toda la Letanía de la Santísima Virgen. ¿Diremos que

ésta era oracion? No: si es un Papagayo, un bruto que ni entiende ni sabe lo que dice. ¿Pues qué diremos de tantos Papagayos? ¿Y qué de tantas Cotorras que ni entienden lo que piden á Dios, ni saben lo que ruegan? Pues para saberlo aprovecha la explicacion.

¡Oh y aproveche! que para ésto no pocas veces han sido Maestros los mismos Angeles; y aun la Reina de los Angeles María Santísima lo fué una vez, fuera de otras, enseñando las oraciones á una india. Pero lo que más admira es, que hasta á los brutos los ha escogido Dios por Maestros de la Doctrina para confundir á los hombres. Un indio en el Perú, refiere el Padre Juan de Allosa, habia sido tan remiso para aprender la Doctrina Cristiana que no sabía ni aun las oraciones. Pastoreaba éste unos carneros, y con un bruto irracional de aquellos quiso Dios avergonzar y enseñar á este racional más que bruto. Porque una mañana, acercándosele uno de aquellos carneros, oyó que en lugar de hablar con su voz natural, en voz clara y distinta, como si fuera de hombre, iba el carnero rezando las oraciones de la Doctrina Cristiana. Sería el Angel de guarda de aquel indio, que así hablaba por la boca del bruto. El Pastor quedó atónito y pasmado á tan estupendo prodigio, y ésto bastó para que luego aprendiese las oraciones. Fué sin duda ésto, ya lo dije, para confundir á los Cristianos que no saben la Doctrina Cristiana; pero fué tambien para alentar mi ignorancia, que si para enseñar la Doctrina hasta un bruto sabe Dios escogerlo por Maestro, ¿cómo no me alumbrará á mí, que aunque tan del todo indigno, soy su Ministro? Oh Soberanos Angeles tutelares de todos mis oyentes, que aunque invisibles me asistís y me



estais oyendo postrado ante vuestras sagradas inteligencias; desde aquí para todas las veces que hubiere de subir á este Púlpito, os invoco con vuestro Archi-Serafin San Miguel, para que benignos inspireis á mi entendimiento y á mis palabras aquella claridad, aquel peso, aquella eficacia, que ni pueden tener de mi lengua, ni pueden alcanzar de mi ignorancia. Y tú principalmente, oh Virgen Purísima, que de la Divina sustancial palabra eres Madre verdadera: tú, que de ella sedienta la concebiste en tus entrañas: tú, que de ella fecunda, la diste á luz para luz de el mundo: tú, que la palabra de Dios que estaba tan escondido en tu seno, la hiciste al mundo patente y manifiesta, haz tú que yo acierte en la explicacion de su soberana Doctrina; que no adultere mi poco espíritu, ni con menos decentes palabras ni con menos ajustadas inteligencias, sino que tan serena, tan pura la derrame en los corazones de mis oyentes, como ella salió del secreto sagrado de tus entrañas. Desproveído entro yo de todo otro sustento y confiado solo en tu favor. Ilustra mi entendimiento, guía mi lengua, gobierna mis palabras de modo que cuanto dijere sea todo en alabanza y gloria de Dios, para edificacion y provecho de mis oyentes; y que á mí no me sirvan de condenacion las verdades que conozco, sino de provecho; y que á mí y á todos sea para mucho logro de méritos que gozar premiados en la eterna gloria.

---

## PLATICA II.

DE LO QUE CADA UNO TIENE QUE APRENDER EN SU PROPIO NOMBRE.

*Abril 13 de 1690.*

Cuando ha de ser dilatada la comunicacion, ó continuarse la amistad que traba una persona con otra, no sé qué inquietud tenemos hasta saber el nombre de aquel con quien tratamos, y por eso es una de las primeras preguntas: ¿su gracia de usted? —“Fulano, al servicio de usted.” Y asentada esta noticia, prosigue la conversacion. Trabo yo ahora con mis oyentes, no amistad que ya há dias que la tengo y que los amo á todos en Jesucristo, sino nueva conversacion en materia tan grave y de tanta importancia, como la Doctrina Cristiana; y así, aunque mis oyentes no tienen que preguntarme á mí cuál es mi gracia, pues ya pienso que la saben y conocen cuán poca es, habiéndome tantas veces oído en este puesto; pero á mí, habiendo de empezar la Doctrina, me es forzoso preguntar á mis oyentes ¿cuál es su gracia? Esa es la primera pregunta del Catecismo: *Pregunto, hermano, ¿Cómo os llamas?*—Padre, yo me llamo Francisco, yo Antonio, yo Isabel, yo María. Pero cierto, que esa pregunta más parece vana curiosidad que gana de enseñarme la Doctrina, porque su propio nombre, ¿quién hay que no lo sepa? Pues si ya yo me sé muy bien cuál es mi nombre, ¿qué hay que enseñarme en ésto? Fuera de que, ¿para qué puede servir el saber mi nombre? porque llámeme yo